

MONUMENTOS ARQUEOLOGICOS DE TIERRADENTRO

Alvaro Chaves M. y Mauricio Puerta R. - Banco Popular

Hace 15 años, Alvaro Chaves y Mauricio Puerta iniciaron investigaciones arqueológicas en la región de Tierradentro. Entre 1973-76, auspiciados por el Instituto Colombiano de Antropología y por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República, sus esfuerzos se canalizaron hacia el estudio de hipogeos y estatuas existentes en la región; su labor fue galardonada en ese último año con el Premio Nacional de Arqueología otorgado por el Museo Arqueológico del Banco Popular. El premio incluía la publicación de la obra, hecho que sólo se cumplió 10 años después, en 1986, con la lujosa, bien ilustrada e incómoda edición de *Monumentos Arqueológicos de Tierradentro*. Por esta razón, el libro corresponde fundamentalmente a los trabajos realizados por los autores hasta 1976. Hoy en día, cuando la problemática arqueológica planteada para Tierradentro ha cambiado, cuando los posteriores trabajos de los mismos autores han tomado nuevos rumbos y buscan aclarar otro tipo de interrogantes, la lectura de esta obra —sin negar su utilidad informativa— deja cierto sabor a trasnochado.

Porque lo que el contenido del libro refleja es un especial interés, como su título ya lo indica, por lo monumental, por lo potencialmente turístico. Para ese entonces los autores consideraban que en Tierradentro “la riqueza arqueológica... consiste principalmente en cementerios...”. Más de la mitad de la obra está dedicada a una detallada descripción de las tumbas de entierro secundario llamadas “hipogeos”, encontradas en la mayor parte de los casos por arqueólogos (Hernández de Alba, Bürg, Silva Celis, Long y Yangüez, etc.) o gaaqueros que estuvieron allí antes que los autores. Los sitios privilegiados por el estudio son la Loma de Segovia, el Alto de San Andrés, el Alto del Duende y la Loma del Aguacate. La descripción incluye excelentes dibujos en planta y corte (uno longitudinal y otro transversal) de todos los

hipogeos, en los que se muestra la forma, dimensiones, orientación, decoración y hallazgos en posición; también se informa sobre el estado en que se encontraba cada uno de ellos y se da una pormenorizada relación del trabajo realizado (etapas y procedimientos de excavación, reexcavación, conservación y acondicionamiento para el turismo).

El contenido de las tumbas, cuando existía la información o cuando éstas fueron abiertas por los autores, es descrito en detalle. La cerámica corresponde, principalmente, a vasijas cilíndricoglobulares y globulares, utilizadas en su mayoría como urnas funerarias, aunque también hay cuencos y vasijas semiesféricas. Se realizó una tipología en la que se tuvo en cuenta el color (amarillo, café, gris, rojo, negro) y la textura (fina, gruesa) de la pasta y según estos criterios, la mayor parte de las vasijas resultó ser “gris fina”. También se tuvo en cuenta el color del baño (rojo, café, gris), presente en la mayor parte del material; predominan el café y el rojo por ambas caras. El 35% de las vasijas presenta decoración que, aunque muy variada, consiste predominantemente en pintura blanca sobre rojo y negra sobre rojo, en diseños geométricos. La incisión empastada y las aplicaciones zoomorfas y antropozoomorfas son características de esta cerámica. Los objetos líticos corresponden a bases de urna, fragmentos de metate, azuelas y manos de moler. Los restos óseos, correspondientes todos a entierros secundarios humanos, se encontraron dentro de las urnas y también fuera de ellas, en huecos hechos en el piso de las tumbas.

Es interesante notar la ausencia de objetos metálicos en los hipogeos. Los autores comentan que las piezas de oro encontradas en la región provienen de tumbas sencillas de entierro primario y de rocas o sitios de ofrenda. Consideran que las piezas no son propias de Tierradentro, sino que llegaron allí por intercambio comercial. Al

respecto, es oportuno recordar que Plazas y Falchetti¹ han detectado allí dos complejos orfebres que corresponderían a expresiones locales de dos grandes tradiciones culturales que se desarrollaron en el suroccidente de Colombia.

Los hipogeos fueron clasificados según criterios de tamaño y forma. Así, éstos se ordenaron, primero según la presencia o ausencia de techo, luego los primeros se agruparon según tuvieran o no columnas y después de acuerdo a la presencia de nichos y al número de ellos. Esta clasificación culminó en una propuesta de cronología relativa según la cual las tumbas más pequeñas, sencillas y sin decoración serían el antecedente temporal de las más grandes y complejas. Esta evolución de los hipogeos en el tiempo estaría acompañada de una igual transformación en la cerámica, particularmente en su decoración. Sin embargo, esta interpretación es un tanto problemática. Por una parte, la información sobre la que se basa corresponde exclusivamente a los pocos hipogeos excavados por los autores. Por otro lado, la relación entre cierto tipo de tumba y cierta clase de cerámica (formas y decoraciones) no es tan evidente ni consistente como se plantea y, además, existen importantes excepciones tratadas por los autores como “atípicas” (es, por ejemplo, el caso de las tumbas del Alto del Aguacate y de la tumba No. 5 del Alto del Duende). De cualquier manera, la propuesta tendría que ser sustentada con datación absoluta y para entierros secundarios, sólo existe una fecha (850 ± 200 d.C.) que corresponde a una tumba del Alto del Aguacate. En los últimos años los autores han logrado dos fechas adicionales, pero una corresponde a una tumba de entierro primario en las Lomas de Patucue, Santa Rosa (630 ± 80 d.C.), y la otra a un entierro de ofrenda en Aguabonita (1320 ± 180 d.C.).

También se reseñan y describen detalladamente 11 estatuas del sitio El Tablón (10 de las cuales habían sido ya reseñadas) y 9 del Parque Arqueológico, todas traídas de otros lugares. Sobre los talladores de estas piedras, los autores comen-

tan que no es posible por el momento saber la relación que puede existir entre ellos y los constructores de las tumbas. Si consideran que pueden estar relacionados con los escultores de San Agustín.

Finalmente, los autores llegan a interesantes e inesperadas conclusiones sobre “las características generales del pueblo constructor”. Se les ubica dentro de la, tan de moda y prestigiosa, categoría de cacicazgos, con una eficiente explotación agrícola, una organización política basada en el poder sacerdotal, con la religión como “institución primordial en la cultura”, con presencia de una fuerte diferenciación social, etc. Aunque es posible que todo esto sea cierto, es menos claro de dónde sale tanta elucubración. Estamos de acuerdo en que la información empírica nunca es suficiente para realizar interpretaciones y que es necesario hacer uso de cuerpos teóricos, de modelos, para lograrlas. Pero entre la una y los otros debe poderse crear puentes que los relacionen. Y en este caso, no es nada clara la posibilidad de pasar de un par de metates a una “eficiente explotación agrícola”, de la existencia de entierros en urnas y en el suelo dentro de un mismo hipogeo a la de “diferenciación social”, de la presencia de elaboradas tumbas y estatuaría monumental en actitud no-guerrera (además esta última no se debería tener en cuenta, ya que se desconoce si pertenece al mismo complejo) a “una sociedad sacerdotal cuya principal institución era la religión” y, de todo esto a una sociedad cacical. En todo caso, habría que explicitar los presupuestos teóricos y metodológicos que permiten realizar este tipo de saltos. No cabe duda que las interpretaciones sociológicas e históricas son difíciles de hacer y siempre quedan imbuidas de los sesgos ideológicos y culturales de los investigadores. Es por ello que no se comprende la razón por la cual, en una región habitada por personas bastante más cercanas que nosotros al mundo prehispánico que se pretende entender, no se asume la opción de confrontar formas de pensar y de ver el mundo y, por ende, de enriquecer las interpretaciones hechas a partir de la labor arqueológica. Me refiero a la posibilidad de adelantar un trabajo *conjunto* —no una investigación etnoarqueológica— con los indígenas paeces.

MARTHA L. URDANETA FRANCO

(1) Clemencia Plazas y Ana María Falchetti, “Tradición Metalúrgica del Suroccidente Colombiano” en *Boletín Museo del Oro*, No. 14, 1983, Bogotá.